

Prisioneros y reclusos

José Luis López Muñoz

Médico y traductor. Madrid (España)

Mi admirado Juan José Millás publicó, el pasado 14 de febrero, día de san Valentín, otra de sus extraordinarias columnas en *El País*. Desde el primer momento me llamó la atención, porque la noticia que comenta la había leído yo con sonrojo el día 11, entre la serie de cabeceras de noticias que el *New York Times* nos envía amablemente por Internet a los que estamos suscritos (gratis) a ese servicio.

Mi comentario no hace referencia a la noticia en sí, sino al siempre espinoso problema de la traducción. Los traductores estamos muy interesados, por razones obvias, en que se nos reconozca como autores de pleno derecho de nuestras traducciones, de manera especial en el caso de la literatura. Insistimos en el aspecto creativo de la traducción. Pero hay otro aspecto vital de este oficio nuestro, que es el que motiva mi comentario y al que me atrevo a llamar *técnico*. Porque, lógicamente, Millás es un escritor excelente, que domina el español como pocos, pero a quien cuando traduce de corrido un titular del inglés le faltan los reflejos *técnicos* del traductor profesional.

Me explico. El texto inglés que nos ofrece traducido es el siguiente:

A federal appeals court ruled that officials in Arkansas can force a *prisoner* on death row to take antipsychotic medication to make him sane enough to execute.

Millás acorta el titular con buen criterio y lo deja en:

El Estado puede hacer a un *prisionero* lo suficientemente cuerdo para ejecutarlo.

Prescindo de que la frase no sea del todo feliz. Pero cuando Millás traduce *prisoner* por *prisionero* está haciendo algo que es casi lógico, pero que no haría nunca un traductor profesional.

Y es que *prisoner*, en inglés, significa varias cosas: *prisoner* puede ser un *captive* (cautivo), y entonces sí es un *prisionero* en español. Pero si es *prisoner* porque está *in jail* (en la cárcel), ya no es un *prisionero*, sino un *preso* o un *recluso*. Todo eso lo sabe Millás perfectamente, pero le falta el reflejo técnico del traductor profesional, a quien se le enciende la luz de alarma cada vez que se encuentra con una palabra polisémica y, cuando menos, acude de inmediato al diccionario.